

gir los destinos de un pueblo. La restauracion del Papa sobre el trono de Roma era la voluntad universal, la voluntad de la mayoría inmensa de los Romanos mismos, significada por repetidos actos que deben apreciarse tanto mas, cuanto los ciudadanos bajo el sistema republicano no fueron libres ni en Roma ni en Bolonia para hacer demostraciones espontáneas. Mas á pesar de esto, las dimisiones dadas por los miembros mas honorables del congreso, y por los ciudadanos mas ilustres enrolados en la guardia cívica, luego que el Papa se retiro de Roma, dejan ver harto claro la opinion de los llamados naturalmente á representar la del pueblo.

La vuelta del Papa á Roma es uno de esos hechos providenciales que no entran en las previsiones ni en los cálculos humanos; jamas imaginaron los demagogos de Italia haber de combatir contra los republicanos franceses, ni tampoco que en medio de ese desquiciamiento social que atónito contemplaba el mundo, se levantasen cuatro ejércitos de hombres aguerridos que se disputaban el honor de castigar con espada en mano á los insolentes que despues de arrogarse los derechos del pueblo, pisoteaban la fe, ultrajaban su cabeza visible y se constituían en verdaderos déspotas. Mas lo que no entraba en las combinaciones políticas estaba escrito en el libro de Dios. La República francesa que combatia por el Papa, el Austria que castigaba con mano de hierro á los sediciosos en la Rumania, el rey de Nápoles que entraba á la cabeza de un ejército en los Estados del Papa, y la España que ocupaba Terracina y se dirigia sobre Velletri, no eran mas que el instrumento de Dios que cumple sus fines empleando los elementos que el hombre rechaza como ménos á propósito. Cien mil personas que se agolpan en las calles de Roma á la vuelta del Papa, cien mil gritos que hacen retumbar en las cornisas de las viejas basílicas y en los chapiteles de los palacios *Viva la Religion, viva el Pontifice*, nubes de flores que se derraman por la senda que sigue el Papa, el toque majestuoso de mil campanas y el bronco estampido del ca-

ñon de San Ángel completarian este cuadro no delineado por mano de hombre, si no se ofreciese aun otro espectáculo mas imponente y maravilloso. El Papa entra en el Vaticano (1), y la inmensa basílica que hace tantos siglos se viste de gala para recibir al Vicario de Cristo que va á oficiar sobre la tumba del primer Pontífice, abre sus puertas á Pio IX, que vuelve á ocupar su trono pontifical escoltado por el ejército de Francia y seguido de los representantes de todos los gobiernos de Europa y América. La majestad del Pontificado ajada y pisoteada por demagogos debia presentarse de nuevo con todo el esplendor majestuoso, con toda la pompa solemne de que le viste su elevada dignidad. El ejército frances formado en batalla en la plaza del Vaticano, apénas podia contener la muchedumbre del pueblo que se agolpaba de todas partes. El cuerpo diplomático, los príncipes y cardenales, sacerdotes y militares precedian al Papa, que subia á la elevada galería de San Pedro: esa misma Roma que acababa de atravesar el período mas desgraciado que contará su historia en los tiempos modernos, era objeto que miraba con ternura el Padre de los cristianos, al levantar su mano para bendecir al mundo por primera vez despues de su destierro. Ya el numeroso clero de Roma ha desfilado, el colegio de cardenales ha desfilado tambien, y el Papa en fin vestido de blanco se presenta en el balcon en medio del clamor de las voces mas entusiastas que lo victorean, del ruido de los cañonazos y del sonido de las campanas. Al bullicio sucede instantes despues un profundo silencio: solo se escucha la voz del Papa, que pide auxilios al Cielo para bendecir á los hombres que Dios le encomendó. Al eco de esta voz que pronuncia palabras misteriosas, todas las frentes se inclinan, todos los hombres se encorvan, y en Roma ni un ruido se siente que perturbe su silencio solemne. Un ejército de valientes recibe rodilla en tierra la bendi-

(1) 12 de abril de 1850.



Lith. Arony, n. St. Honoré, 67

PIO IX P. M.



## CAPÍTULO XXXII.

Conclusion y Protesta.

Dije que al principiar mi larga travesía no me propuse otro objeto que « conocer por mí mismo las tendencias del movimiento que se realiza en el viejo continente; » y al concluirlo creo haberlo llenado, no del modo que merece la infinita majestad con que se dilata por todo el mundo el movimiento católico, sino de la manera que permiten lo vasto de la empresa y las pequeñas fuerzas del que la acomete.

Mis observaciones, apoyadas sobre hechos visibles, palpables y evidentes para todos, manifiestan que la sociedad, fatigada de los infinitos males que la agobian, busca en la unidad católica el único remedio que puede curarla; que el catolicismo, haciendo sentir su acción maravillosa en todo el mundo, se presenta hoy para combatir al ateísmo lleno del vigor y de la energía con que se presentaba cuando salió del pensamiento eterno para renovar la faz de la tierra manchada por el inmundo cieno del politeísmo, y en fin que mientras él retoña y florece como esos cedros frondosos del Líbano que sobrevivieron á los siglos, á sus movimientos y trastornos, ofreciendo bajo el follaje de sus ramos sombra en que reposar el viajero fatigado de trepar riscos y pendientes, sus disidentes sucumben agobiados por sus propios males, ofreciendo al género humano una demostración mas de la miseria é insuficiencia del hombre, de cuyas pasiones son hijos.

cion del Pontífice, y esas espadas que brillaron en toda Europa, dobladas esta vez, tributaban el homenaje debido al jefe de la Religión. Un solo hombre queda en pié, y este es el Papa, es el Vicario de Jesucristo, es la viva imágen de Dios, es el alma y cabeza del catolicismo. La bendición del Cielo se derrama sobre los fieles por la mediación del santo Pontífice, y la Iglesia católica, que atravesó diez y nueve siglos de combates siempre triunfante, se prepara para sostener con ella diez y nueve mas, en los que vencerá tambien. Así triunfa Dios dia por dia de los espíritus soberbios que decretan realizar proyectos insensatos sin tener en cuenta su debilidad. « Mi Iglesia, dice la Voz de los cielos, será eterna; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. »

